

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

PRIMERA MEDITACIÓN

a) EL SANTO TEMOR DE DIOS

1. Qué es...

Es un don de Dios, un don del Espíritu Santo.

No se trata del miedo que tenemos a Dios, cuando nos acordamos de nuestros pecados. Ni del miedo del infierno, que basta para mover a la conversión, pero no para llevar a cabo nuestra santificación.

Podríamos definirlo diciendo que es un don, que inclina nuestra voluntad al respeto filial de Dios, nos aparta del pecado en cuanto le desagrada y nos hace esperar en sus poderosos auxilios.

Encierra tres actos, a saber:

Un vivo sentimiento de la Majestad de Dios, un extremado horror a ofenderle aún con el pecado más leve.

Lo segundo, una viva contricción de los pecados cometidos y deseo ardiente de repararlos con sacrificios y obras de amor.

Y lo tercero, atento cuidado de huir de las ocasiones de pecado.

2. Su necesidad...

Es necesario para mantenernos en Gracia.

Al construir un edificio, lo primero que hay que hacer es cavar bien y poner el cimiento. Tanto más profunda ha de ser la zanja y tanto más firme y sólido el cimiento cuanto más alto sea el edificio.

El santo temor de Dios es uno de los más firmes cimientos que hemos de poner en la vida espiritual cristiana. Cuántas santidades y espiritualidades fallan por esto: por falta de humildad y santo temor de Dios.

Es necesario también para evitar la demasiada familiaridad con Dios. Cierto que Dios mismo convida a ciertas almas a una dulce intimidad y a una familiaridad que maravilla. Pero es El quien ha de ir primero, tomando la iniciativa. Nosotros no debemos propasarnos.

También aprovecha este don para guardarnos en el trato con el prójimo, especialmente, con los inferiores de ciertos modales altaneros, propios más bien del espíritu pagano que del cristiano. El temor reverencial de Dios, Padre de ellos como de nosotros, nos hará usar moderadamente de nuestra autoridad, como quienes no la poseen en sí mismos, sino como recibida de Dios.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

3. Cómo se adquiere y fomenta...

Con la meditación de las verdades eternas: muerte, juicio, infierno y Gloria.

Reflexiona sobre lo que meditas, examina tu conciencia y verás cómo, poco a poco, va entrando el santo temor de Dios en tu alma.

Ora con constancia y pídeselo muchas veces a Dios. Repite muchas veces esta jaculatoria: «Clava, Señor, en mis carnes el santo temor de Dios».

Lee la Biblia y verás cómo Dios va formando en ti el santo temor de Dios. Jesús mismo forma en los suyos el santo temor de Dios. Fíjate en las parábolas del rico epulón, de los cinco talentos, de las vírgenes necias, de la vid y de los sarmientos. En todas ellas pretende Jesucristo que sus apóstoles se afiancen en el santo temor de Dios.

4. Conclusión y resoluciones...

La de San Ignacio: «PARA QUE, SI DEL AMOR ETERNO DE CRISTO ME OLVIDARE, AL MENOS QUE EL TEMOR DE DIOS, EL TEMOR DE LOS CASTIGOS Y PENAS DEL INFIERNO ME LIBREN DE CAER EN EL PECADO...»

b) LA MUERTE

Los hombres pintan a la muerte en figura de esqueleto con una guadaña en la mano; sin ojos, para dar a entender que no repara en categorías, ni en riquezas, ni en edades; sin oídos, porque no se ablanda con ruegos ni con lágrimas. No tiene entrañas ni corazón, sólo pies para correr y manos para manejar la guadaña.

1. Enfoque...

«CONSIDERA COMO SI ESTUVIESE EN EL ARTÍCULO DE LA MUERTE, LA FORMA Y MEDIDA QUE ENTONCES QUERRÍA HABER TENIDO EN EL MODO DE LA PRESENTE ELECCIÓN Y, REGLÁNDOME POR AQUELLA, HACER EN TODO LA MI DETERMINACIÓN».

Mal podría adivinar los deseos que le asaltarán a la hora de la muerte quien no se haya detenido a meditar en ella. ¿Cómo no detenerse a profundizar en este desenlace?

Los momentos que preceden a la muerte son la última oportunidad de salvación, que Jesucristo el Salvador ofrece al hombre. ¿Cómo no meditar seriamente en ella?

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

2. Consideraciones sobre la muerte...

¿Qué es la muerte?

Separación del alma y del cuerpo. Cada uno tomará su trayectoria. El cuerpo al hoyo. Gusanos, podredumbre del sepulcro. La humillación más grande de la sensualidad y de la vanidad. Desprecio de todos los placeres carnales ilícitos y de toda honra y vanidad humana, sabiendo a dónde van a parar.

Fin de todas las actividades humanas y de todas las cosas que poseo. No apegar en vida el corazón a ellas.

Fin de mi vida en el recuerdo de los hombres. Esto será la humillación más grande de nuestro orgullo. Pero así es. A los pocos días nadie se acordará de ti. Otro me sustituirá en mis trabajos y todo seguirá su marcha como si yo no hubiese existido.

Por eso hay que bajar los humos ante esta realidad. A los dos días, o a los dos años, ya nadie se acordará de mí. Qué despiste el engreírme, el envanecerme, el creer que soy alguien y quizá un sujeto necesario.

El encuentro con Cristo. ¿Cómo será mi encuentro con Jesucristo? ¿Me dirá aquellas palabras: «Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor...» ¿O más bien aquellas otras: «Apártate de Mí, maldito, vete al fuego eterno...»?

3. Verdades de la muerte...

No tienes más que un alma y morirás una sola vez. Todos los hombres, descendientes de Adán y Eva, están condenados a morir.

Mejor es el día de la muerte que el día del nacimiento.

La muerte fija nuestra suerte por toda la eternidad.

Fija también nuestros méritos. Como caigas, así quedas, lo mismo que el árbol, que cae a hachazos por los golpes del leñador.

La muerte es incierta. No sabemos cuándo, ni dónde, ni cómo hemos de morir. Razón de más para que vivamos preparados. La muerte es como un ladrón y el ladrón no avisa.

La muerte puede ser repentina. Por eso el Señor nos avisa: «Estad alerta pronto y preparados, porque en la hora en que menos lo penséis vendrá el Hijo del hombre».

4. Conclusión y resoluciones...

Vive en Gracia de Dios. Vive preparado. La muerte puede esperarnos en cualquier esquina. No te acuestes una noche sin hacer un acto de contricción con propósito de

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

confesión y enmienda. Podemos amanecer en la eternidad y ésta puede ser desgraciada.

Desapego de todas las cosas de este mundo, como riquezas, honores, apegos ilícitos a personas o cosas, vanidades mundanas. Todo lo tenemos que dejar.

c) EL INFIERNO

El gran bien del hombre es amar y servir a Dios y salvarse; el gran mal es pecar y condenarse. La condenación del hombre, eso es el infierno. La preparación de esta meditación es según San Ignacio «ver con la vista imaginativa los grandes fuegos del infierno almas de los condenados como cuerpos ígneos y pedir a Dios interno conocimiento de las penas, que padecen los condenados».

1. Existe el infierno...

A mí lo que más me impresiona del infierno es que existe.

Podrán reírse de él los incrédulos, los ateos, los mundanos. Como si yo me río del cáncer y lo tomo a broma. Es una verdad de fe.

Van al infierno los malos ricos, como el epulón de la parábola; los impuros y deshonestos, según doctrina de San Pablo; los de alma hipócrita y retorcida como los fariseos; los holgazanes, que dejan improductivo el capital de dones humanos, que recibieron de Dios; las vírgenes necias, que no alimentaron su vida con el aceite de las buenas obras...

¿Me encuentro yo en esta lista? Verdad de fe definida por la Iglesia.

2. Pena de daño...

¿Qué es el infierno?

Lo sabe quien lo ha creado y, para que los hombres lo sepamos, nos ha sido revelado lo que necesitamos saber precisamente para evitar el pecado que nos conduce a él.

Es la separación de Dios. Jesucristo se refiere en distintas ocasiones a esta separación: «Alejaos de Mí los que hicisteis el mal» -Mateo 7, 21; «Apartaos de Mí todos los que obráis la iniquidad» -Lucas 13, 27; «Apartaos de Mí, malditos, id al fuego eterno» -Mateo 25, 41.

Exclusión del reino de los cielos. «Si vuestra justicia se parece a la de los fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos» -Lucas 13, 28. San Pablo repite lo mismo: «Los que practican las obras de la carne no heredarán el Reino de Dios» -1 Cor. 6, 9.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

El fracaso total de la vida. Dios crea al hombre para que viva en intimidad con El, para que lo contemple cara a cara, lo ame y sea feliz eternamente con El. Para eso le hace hijo adoptivo suyo. Pero el infierno significa la frustración de su existencia, la pérdida del destino, que Dios la había dado para toda la eternidad. El fracaso total.

Torturas del alma.

Torturas de la memoria. Al rico epulón se le decía: «recuerda tus obras». Luego el condenado recordará también sus obras. Recordará sus pecados, que jamás se apartarán de él ni los podrá borrar de la memoria.

Y recordará tantas oportunidades de salvación, que tuvo y no las aprovechó.

Torturas de la inteligencia. Está hecha para la verdad y la luz y se verá sumida en las tinieblas eternas.

Torturas de la voluntad. Dios la hizo para el amor y le dio una capacidad de amor inmensa. En la tierra nunca lograron llenar las criaturas, porque Dios la había hecho para El. Ahora esa capacidad inmensa de amar se ve vacía eternamente.

Desgarramiento eterno. Verse como bala disparada hacia Dios y separada de El eternamente. Este es el tormento más íntimo del condenado.

3. Pena de sentido...

La pena de sentido es el fuego: «apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno», dice Jesucristo.

El condenado verá su propia alma. Se verá a sí mismo en el espejo de su propia conciencia iluminada por Dios. Verá toda la gravedad y malicia de sus pecados. Lo que no quiso ver ni reconocer en vida ahora lo tendrá siempre presente ante sus ojos.

Verá al demonio y demás ángeles rebeldes y a los otros condenados, que reflejarán el odio a Dios y la desesperación más absoluta.

Oirá la acusación constante de la propia conciencia, testigo y juez inexorable, eco de la voz divina. En vida el condenado cerró sus oídos a los mandamientos de Dios, a las súplicas de su amor, a las amenazas de castigo y ahora tiene que oír la fuerza de su sentencia definitiva: «apártate de mí, maldito...».

Desesperación. Gustará las lágrimas y la amargura del remordimiento.

4. Conclusión y resolución...

Terminar con un coloquio a los pies de Jesús crucificado. Cristo crucificado es la prueba más fuerte de la existencia del infierno.

Algunos hombres piensan así: Dios, que ama tanto a los hombres, que se deja clavar en la cruz por ellos, no puede castigarlos con el infierno.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

El argumento es al revés. ¿Iba Dios a sufrir y morir por el hombre con tormentos inauditos e ignominiosos para que, encima, el hombre se riese de Él? Dios no castigaría tan terriblemente al pecador, si no hubiese hecho la locura de morir por él. El amor de Dios no es de risa ni de juego, sino terriblemente serio.

Humildad. Soy nada, pecado y tizón del infierno. Todas las humillaciones de esta vida son nada en comparación de lo que merezco por mis pecados: merezco estar a los pies del mismo Satanás.

Amor y agradecimiento a Cristo. Me libró de un infierno seguro. Le amaré con todas mis fuerzas y emplearé toda mi vida en buscarle corazones que le amen.

Ansias de penitencia. ¡Qué de penitencias no harían los condenados, si tuviesen la oportunidad de volver otra vez a la vida terrena!

Celo apostólico por las almas. Me pondré a las puertas del infierno para impedir la entrada en él a muchas almas.

Dame Gracia, Señor, para cumplir estos propósitos.

d) EL JUICIO PARTICULAR

Los comerciantes y jefes de empresa llevan dos libros en su negocio. Uno es el falso para presentarlo a los inspectores de Hacienda; y otro, el verdadero, que guardan bajo siete llaves. En nuestro juicio Dios nos presentará el libro verdadero de cada uno de los actos de nuestra vida.

1. El encuentro con Cristo...

Después de la muerte, el juicio. Tan pronto salga el alma del cuerpo se encontrará con su Juez. ¿Qué sentirá el alma al verse frente a frente con Jesucristo? Según haya sido el alma en vida, así serán sus sentimientos.

Si ha vivido para Jesucristo, pensando en Él, amando y tratando de servirle en la oscuridad luminosa de la fe, sintiendo su presencia sin verle, con ansias de contemplarle cara a cara, suspirando por Él, qué satisfacción entonces el encontrarse con Jesús. Qué cruce de miradas. Encuentro de dos personas que se aman. Mucho han sufrido el uno por el otro y se encuentran al fin para no separarse jamás.

Pero, si es un alma pecadora, se encontrará con el rostro serio y airado de Jesús.

Si es el alma de una persona, que murió de repente y la sorprendió la muerte en el momento en que estaba pecando, se encontrará con Jesucristo, allí mismo, en el escenario mismo del pecado.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

Si es el alma, enemiga de Jesucristo, que le odiaba, que le buscaba en todas partes para burlarse de Él, para injuriarle y se ensañaba en todo lo que El representaba: en sus imágenes, en sus templos, en sus ministros, ¿qué sentirá al verse de repente con su enemigo, que le dice: Yo soy... el que buscabas..., aquí me tienes...

¿Qué sentirías tú, si ahora mismo te sorprendiera la muerte?

2. El juicio...

En el juicio particular hay un Juez y un reo. El Juez es Jesús y el reo cada uno de nosotros.

Hasta un momento antes de morir Jesús ha sido amigo, hermano, padre misericordioso, Ahora es Juez. Juez santo, que tiene odio al pecado. Juez sabio, que conoce todos los repliegues del hombre. Juez justo, que aquilata con precisión el valor de las obras buenas y la malicia de cada pecado. Juez poderoso para hacer cumplir la sentencia. Y Juez supremo, porque la sentencia, que Él dicte, es inapelable.

El alma verá ante sí, en un momento rápido como un relámpago, la película de su vida terrena con todos sus detalles y matices y el veredicto o juicio de Dios sobre ella. Aparecerán los pecados con toda su deformidad y maldad, con sus agravantes y atenuantes, sin componendas ni mistificaciones.

También las virtudes: la humildad, la paciencia en los trabajos, el sacrificio y la abnegación, la fortaleza cristiana en el cumplimiento del deber. Aparecerán las virtudes sólidas y verdaderas, no las farisaicas.

Aparecerán las omisiones. Nos pesará entonces sin remedio todo el bien que hemos dejado de hacer.

Allí no sirven disculpas: no creía que fuera pecado; era débil y caía; me asediaron las tentaciones violentas; padecí muchos escándalos, que me arrastraron al pecado.

Allí Dios te dará una luz vivísima, para que aprecies el premio o el castigo, que merecen tus obras y reconozcas la justicia de la sentencia.

3. La sentencia...

Jesucristo Juez va a pronunciar la sentencia decisiva, que durará toda la eternidad.

Una palabra de aprobación y el alma lanzará un grito de triunfo y de alegría. Me he salvado. Seré feliz eternamente.

Una palabra de reprobación y esa palabra aplastará mi alma y la dejará enterrada bajo una montaña de tristeza, de amargura, de desesperación: Me he condenado sin remedio para siempre.

Segundo día – DÍA DEL TEMOR DE DIOS Y AMOR AGRADECIDO

La Santísima Virgen María en aquel momento ya no podrá hacer nada por ti. Lo puedes hacer tú ahora. Ruégale que interceda por ti en aquella hora. Ella es madre del reo y madre del Juez. Que interceda con el Hijo Juez en favor del hijo culpable.

El mismo Juez está deseando perdonar ahora en el tribunal de la misericordia, antes de verse obligado a sentenciar en el tribunal de justicia. Ruega y suplica.

4. Conclusión y resoluciones...

Piensa en el día de tu juicio con frecuencia. Me afianzaré en el odio al pecado y desprecio del mundo para no merecer el juicio de los réprobos.

Y terminar con un coloquio.

Acuérdate, Jesús piadoso, de los buenos deseos que he tenido de amarte y de servirte. Acuérdate de los esfuerzos que he hecho, para no ofenderte, de las luchas difíciles que he sostenido contra los enemigos de mi alma, de los trabajos, que he emprendido para extender tu reinado, de tantos sacrificios y renunciamentos como he hecho por ti... Pero no te acuerdes de eso, que no vale nada.

Recuerda más bien, Jesús piadoso, lo que Tú has hecho por mí. Recuerda que por mí bajaste del cielo. Que por mí recorriste los caminos pedregosos de la tierra. Que por mí trabajaste y te fatigaste y sudaste sangre y que por mí sufriste la agonía de Getsemaní y de la cruz...

Recuerda, Señor, que has muerto en la cruz por mí. Que tantos trabajos, fatigas y sufrimientos y muerte tan afrentosa no sean inútiles para mí... Confianza. Abandono.